

Recital en Jama. Una experiencia protopedagógica

Gallego, Mariano

*Es en la práctica de experimentar las diferencias
donde nos descubrimos como yo y como tú.*

Paulo Freire

-Acá no hay nada- nos dijo el gendarme que atendía el puesto de frontera. Llegamos de noche, sin nafta. Veníamos desde San Pedro de Atacama, muertos de frío. -La próxima estación de servicio es en Suskes, a doscientos kilómetros- dijo el mismo gendarme, mientras salía detrás de nosotros y cerraba con llaves el cuartucho que hacía de migraciones.

-¿Dónde podemos dormir?

-Sé que hay alguien que alquila una habitación-. Miramos en derredor y no vimos más que el viento, una construcción de adobe, sin ventanas, y otra algo más grande a unos cincuenta metros. El gendarme señaló la última

-Esa es la escuela.

No imaginábamos que Jama fuera una gran ciudad, ni siquiera un pueblo, pero era apenas un páramo. No había hostería, ni estación de servicio, ni siquiera un bar donde tomar algo caliente. Para poner la carpa en el piso hacía demasiado frío.

Caminamos hasta la escuela.

-Yo soy Loisa- nos dijo una mujer de estatura más bien baja, de torso ancho y unos rulos negros que se confundían con la noche.

-Hola Luisa.

-No Luisa, Loisa- remarcó –mis papás me quisieron poner Luisa pero en el registro me anotaron mal y así quedó, Loisa-. Echó una carcajada. –Soy la directora, pueden dormir en una de las aulas, si tienen bolsas de dormir las tiran encima de un colchón.

No era mucho lo que podíamos ver a causa de la oscuridad, el edificio era básicamente un bloque de adobe con cuatro puertas que daban a la ruta. Nos llevó a una de las aulas –se acomodan y vienen a la cocina así comen algo que deben tener hambre.

Las paredes estaban pintadas de colores, de éstas colgaban algunos dibujos hechos por los alumnos y un póster de *Bandana*. Tiramos los colchones debajo del pizarrón, acomodamos nuestras mochilas y fuimos a la cocina, adonde Loisa y otra maestra, Susana, nos esperaban con un plato de sopa. Posiblemente fuera por el hambre que traíamos pero fue la sopa más rica que probé en mi vida.

-A las siete llegan los chicos- dijo Loisa cuando nos despidió.

Abrí los ojos a las siete en punto y el sol ya se colaba por las ventanas. Apenas tuvimos tiempo de levantar los colchones y enrollar las bolsas de dormir. Pudimos observar mejor el paraje y nos pareció aún más desierto. Dos casas, la escuela y una cancha de fútbol frente a un lago con los andes de fondo. Eso era todo. Las paredes de la escuela eran de adobe al descubierto y frente a ésta un mástil en el que alguna vez se había izado una bandera.

El primero en llegar fue Ariel, tendría unos ocho años y sus ojos eran color almendra y enormes, al vernos enarcó las cejas, curioso. Al rato llegaron dos hermanitos, uno tendría cinco y el otro siete, a falta de perros, traían una llama de mascota.

-¿Cómo se llama?

-No tiene nombre- respondió el más chico.

Jugamos un rato con la llama mientras iba llegando el resto de los alumnos. Venían de las comunidades aledañas, en burro o a pie.

-¿Durmieron bien?- preguntó Loisa, alcanzándonos un mate cocido.

-¡Perfecto!- respondimos ambos a coro. -¿Cursan en verano?- pregunté.

-En invierno el clima se pone duro y se les dificulta el traslado.

Terminamos de acomodar nuestras cosas en la cocina y fue en ese momento que Loisa vio el charango. Lo había comprado en el mercado de La Paz hacía sólo unas semanas.

-A lo mejor les puede tocar alguna cosita- dijo –el mes pasado pasaron unos músicos, de Buenos Aires también.

-Buenísimo- respondí. El charango venía con unas instrucciones que mostraban cómo poner los dedos y durante el viaje había ido aprendiendo un par de acordes -no es mucho lo que sé pero encantado.

-En un ratito- dijo.

Pensé que lo mejor sería algún carnavalito y me puse a practicar El Humahuaqueño.

El sol ya trepaba por los cerros y con éste subía la temperatura. Cuando caminábamos hasta el lago nos interceptó un hombre, venía agitado, tenía un pantalón marrón de franela y una camisa blanca, tendría unos sesenta años.

-¿Ustedes son los de la moto, no?- evidentemente las noticias corrían rápido –soy José, voy hasta San Pedro por un viaje- dijo –si necesitan les puedo traer nafta.

Cuando volvimos a la escuela, Loisa nos esperaba ansiosa, probablemente más entusiasmada que yo. -Ya pueden entrar- dijo y nos acompañó hasta el aula. Al verme al

frente, con el charango sobre el pecho, los ojos de los alumnos se abrieron inmensos. Sus edades oscilaban entre los siete u ocho, y los doce o trece años. Está es la última escuela de la Argentina, pensé, y me atravesó una mezcla entre orgullo y emoción.

—¿Conocen algún carnavalito?— pregunté, imaginando un sí generalizado como preludeo al concierto.

Sus ojos se abrieron aún más, no tenían ni idea. Genial, pensé y observé una vez más el póster de *Bandana* buscando evidencia a un razonamiento precario. A la misma altura, en la pared opuesta, otro de los *Back Street Boys* terminó de cerrar la idea: el prejuicio nos lleva a agrupar gustos musicales y estereotipos de acuerdo a las zonas geográficas. Lamenté la elección de mi repertorio.

Quizá sus expectativas sean mayores a mis posibilidades, pensé, al notarlos tan ansiosos porque comenzara. Si bien doy clases hace casi veinte años, los nervios frente a diferentes “auditorios” nunca desaparecen, siempre existe una tensión entre lo que los alumnos esperan y lo que uno les puede dar, de aquella tensión surge lo novedoso y, para mí, lo más importante de la experiencia educacional.

Los primeros acordes sonaron algo tímidos, sin embargo, al observar la alegría en sus rostros los nervios fueron desapareciendo. Llegado el estribillo no quedaba uno sin aplaudir, conocían mejor la letra que yo, era evidente que, aunque no supieran ponerlo en palabras o encajarlo en alguna categoría, sabían perfectamente lo que era un carnavalito. Pensé en el Mapa y el Territorio, en los esquemas cognitivos y en los

diecisiete nombres de la nieve para los esquimales. Probablemente para ellos eso fuera música, sin etiquetas, probablemente los detalles se encuentren más asociados a la supervivencia.

El aplauso no se hizo esperar, pocas veces tuve un público tan entusiasta y agradecido. -¡Profe toque otra!- dijeron, repentinamente me había transformado en su *profe*, posiblemente fuera otro mapeado que facilitaba el orden de la situación. Después de todo, era quien estaba al frente de la clase. Entonces toqué *De Música Ligera*, de Soda Stéreo, esperando que les resultara tan familiar como la anterior, con mucho menor éxito, aunque el entusiasmo no disminuyó. Hubiera deseado poder tocarles alguna de *Bandana* pero no me sabía ninguna. El pequeño concierto continuó con una zamba y una chacarera que disfrutaron y me hicieron sentir como Freddy Mercury en Wembley.

Comimos en la escuela, junto a Loisa y una vez pasado el mediodía apareció José.

-Con esto se llegan hasta *Suskes*- dijo, amable, entregándonos un bidón con Nafta –ahí terminan de llenar el tanque.

Antes de salir intercambiamos contactos con Loisa y prometimos volver. Los chicos, incluida la llama bebé, nos despidieron como si fuéramos los Rolling Stones.